

El hombre que mira al mar

Muchas cosas han cambiado en nuestra ciudad, en contadas semanas. Y no puede dudarse que algunas de ellas han derivado hacia una benignidad augusta y moderativa.

El hombre que actualmente mira el mar, quizá nos diría que éste pertenece a estas cosas que han cambiado. Acaso, con verle, solamente ya sea allí en la baranda del Paseo, o bien en lo alto del Fortim, cara al azul abstraído por aquella belleza desconocida y lejana, acaso con verle, solamente, ya es bastante para darnos cuenta de que el espectáculo de ahora no es el mismo de hace unas semanas.

¡Qué diferencial! El hombre contemplativo en estos momentos, y en los del invierno que se acerca, es el auténtico hijo del mar. Su figura pierde contorno, no está ni en la baranda, ni en el Fortim, ni en la edad o en el tiempo. Siempre se encuentra en el comienzo de algo grande y misterioso. La contemplación surca por la inmensidad impresionante, desvaneciéndose en el horizonte sin fin.

Al auténtico hijo del mar le ha sido restituido su lugar preeminente; ahora, cuando el sol ya no cae de lleno, que es cuando están ausentes los muchos pretendientes a las playas. El hijo del mar volverá a contemplar su amigo, sin ninguna visión fuerte que altere la hermosa estampa de su azul. Sin que ningún paso inquietante malogre el rumor suave de sus olas.

El embrujo del mar está volviendo a por una benignidad augusta y moderativa. La cara del hombre contemplativo, del auténtico pescador, lo está reflejando claramente.

Amor

SAN FELIU DE GUIXOLS 7 DE NOVIEMBRE 1957 - NÚM. 506 - AÑO XI

¿Con o sin bolsillos?



De siempre la moda ha sido una tiránica regidora de los caprichos femeninos, mayormente que de los masculinos. En los varones no ha hecho nunca tanta mella su poder fascinador, aunque hay que reconocer que tampoco estos se han visto del todo libres de su arbitrio.

Pero salvo raros ejemplares citados en la historia de la indumentaria, el hombre siempre ha figurado en segundo término cuando de hacer resaltar el arte del bien vestir se ha tratado en los grandes salones y en los paseos señoriales de las metrópolis. Por cada Brummel aparecido en el escaparate del gran mundo han sido diez, o cien, las damas que han brillado en la feria de las vanidades.

Con todo, parece que las cosas van cambiando en los últimos tiempos. El sexo llamado fuerte se ha ido debilitando ante la fuerza arrolladora de la diosa moda, y los síntomas hacen prever que en cuanto veleidades en el vestir y en la ornamentación personal los machos no quieren ir a la zaga de las mujeres.

Por lo pronto un hecho es bien visible. El vestuario masculino se está mostrando más delicado, más caprichoso y refinado, en el sentido de una mayor vistosidad y variedad de colorido. Así como en la rapidez con que se suceden los modelos extremados.

Los dictadores de la moda, junto con los artistas de cine, que son sus más eficaces colaboradores, se empeñan en inculcar a la juventud masculina el deseo de estar al día con las nuevas líneas de la elegancia.

Pero los varones, en general, son más reacios, repetimos, a aceptar las novedades de sus atuendos si estos no responden a las conveniencias de la comodidad y el sentido

práctico.

De vez en cuando, sin embargo, surge un diseño revolucionario en los figurines de última hora. Un exabrupto, diríamos, en el normal y paulatino evolucionar del traje masculino. Exabrupto que no pasa comunmente de tal, pues no logra traspasar los lindes del mundo cinematográfico y de una exigua minoría de snobs, que exhiben los nuevos modelos unas contadas veces dejándolos relegados prontamente en el olvido, al ver que no cuajan en el gusto general del gran público.

Ahora precisamente estamos en presencia de uno de esos intentos revolucionarios. Se pretende nada menos que suprimir los bolsillos de los trajes masculinos, sustituyendo su tradicional utilidad como receptáculos de los numerosos chismes que los caballeros llevan consigo — pitillera, encendedor, gafas estilográfica, cartera, etc. — por unos bolsos manuales parecidos a los que llevan las señoras cuando van de compras. Unos pequeños, o grandes maletines, según las necesidades, a manera de neceseres portátiles que podrían llevarse debajo el brazo, colgados en bandolera o pendiendo de la mano.

Huelga decir que a los hombres maduros, habituados a llevar el traje repleto de bolsillos, esa llamada a un tan rotundo cambio no ha de ser recibida con agrado. Les sería difícil prescindir repentinamente de tantos recipientes donde mete sus utensilios personales. Por este lado, creemos, el invento está fracasado de antemano.

Ahora, por lo que se refiere a los jóvenes ya es otra cosa. No nos atreveríamos a pronosticar de un modo tan seguro. ¡Hemos visto tantas excentricidades aceptadas por el solo hecho de ser nuevas!

De todas formas, nosotros auguramos triste fortuna a la moda sin bolsillos. ¡Hay tantos y tan variados objetos personales para llevar en ellos! Además, ¿cómo meter una pipa, por ejemplo en el mismo bolso donde guardamos un peine o una caja de pastillas?

No, no. Por nuestra parte un voto a favor de los tradicionales bolsillos.